

siéndolo y acabó por ser la de esa escultura que se llama cadáver.

Don Santiago tomó la mano de Gabriel y poniéndola sobre la inmóvil frente de Salomé le dijo.

—Cierra esos ojos.

Gabriel, ejecutó esta operación, dejando caer gruesas lágrimas sobre el pecho de la muerta.

En seguida reinó en aquella pieza y en el juzgado el silencio de las tumbas.



CAPÍTULO XII.

DE LO QUE PASÓ Á LOS APRECIABLES
PASEANTES A SU REGRESO Á
MÉXICO.

HMPRENDIÓ por fin la marcha á México la reunión de familias de la hacienda grande.

Doña Refugio no insistió en que se le diera escolta, desde el momento en que se supo la prisión de Gómez.

El camino fué triste en general para todos los viajeros, aunque debemos decir en honor de la verdad, aunque un poco en contra de la sinceridad amistosa, que cada cual,

para sí, se alegraba de no caminar al lado de Carlos.

—Figúrense ustedes si Carlos viniera con nosotros, decía Anita.

—Qué mortificación! agregó otra señora.

—No poder reírse.

—No hablar de todo.

—Yo lo siento mucho, agregó Carolina, pero me alegro de que Carlos haya preferido quedarse en la hacienda.

—Todo lo que en México se dirá de esto.

—Ya empezaron.

—¿A decir algo?

—Sí.

—¿Pero quién dice?

—El Monitor.

—¿Lo tiene usted?

—Aquí está, dijo Castaños desdoblado un Monitor que tenía en la bolsa.

—«Lamentable suceso» dijo leyendo.

—¡A ver, á ver! dijeron varias señoras. Castaños siguió leyendo.

«Acaba de tener lugar en la hacienda

grande, uno de esos acontecimientos horribles, cuyo solo relato hace temblar al que lo escucha. He aquí el hecho: La gavilla del famoso José María Gómez, asaltó hace pocas noches, la mencionada hacienda, en la que á la sazón se encontraba el dueño de ella con varias personas notables de México. Después de una obstinada resistencia por parte de los habitantes de la finca, los bandidos huyeron en vergonzosa fuga; pero no bien comenzaban á saborear su triunfo los heroicos defensores de la hacienda grande, cuando notaron la falta de la señora de la casa y de otra de las personas que allí vivían, pero cuyo nombre ignora la persona que nos ha referido el hecho.

«Cálculése cuál será la aflicción de esa desgraciada familia, al echar de menos á la señora, quien, según informes posteriores que hemos recibido, era un modelo de virtud y un dechado de relevantes cualidades.»

—Qué pronto se sabe todo en México, dijo Santibañez.

—Ya lo ven ustedes, añadió Castaños, doblando el Monitor, aquí está la noticia.

—Por supuesto, dijo doña Refugio, que no hay que hablar una palabra de si Salvador....

—¡Ah! no, qué disparate, dijo Castaños.

—Por supuesto, repuso Anita, qué necesidad hay de que las gentes se impongan de que esto no ha sido un plagio?

—Naturalmente, dijo Castaños, cuando por fortuna se ha encontrado un editor responsable tan á medida del deseo.

—De la misma manera que si se perdiera un pollo, después de haber pasado el gavilán; gritó Santibañez promoviendo la hilaridad.

—¡Qué cosas se ven! agregó una polla, al cabo de un rato.

—¿En dónde estará Chona?

—No ha de ser muy feliz.

—Es de suponerse.

—O quién sabe, objetó Carolina, luego esas cosas salen mejor que algunos casamientos.

—Pero no es lo común, exclamó doña Refugio, para restablecer el orden.

—No, yo no digo que sea natural, pero sucede.

Nadie objetó nada á esta réplica y guardaron silencio los comentadores.

Nada notable, según habíamos anticipado, sucedió á los viajeros hasta su llegada á México, donde aquella comitiva causó doble sensación que á su salida de la capital.

Cada uno de aquellos paseantes fué á su vez un venero de noticias, un torrente de palabras, una colección de descripciones y un centro al rededor del cual se agrupaban representantes de todas las clases de la sociedad, quienes á su vez comentaban, adulteraban y tergiversaban las especies á su antojo, al grado, que tres días después, no faltó periódico que asegurara que los bandidos habían acabado con la hacienda grande.

—¿Qué hay? preguntaba un dandy á una polla, ¿qué sabe usted de Chona?

—Pues ya sabrá usted, que la plagiaron.

—¿Y usted cree....?

- Vea usted.... aquí en confianza.
—Diga usted.
—Este es un secreto que no me pertenece.
—¿Pues qué hay?
—Que Chona.....
—¡Ah! sí.
—No lo diga usted.
—No, á nadie.
—Vea usted que nos lo encargaron mucho.
—No tenga usted cuidado.

Castaños, con su eterna sonrisa, se permitía decir en una de las piezas destinadas al billar en la Lonja:

—En resumidas cuentas, señores, y aquí que nadie nos oye, aquello.... decididamente no ha sido un plagio.

—¿Pues qué.... Salvador?....

—¡Vaya!....

—¡Ah, entonces!....

—Ya lo decía yo, si Salvador.... ¿y es venezolano ó de Buenos Aires?

—De Buenos Aires, dijo un viejo, yo conocí á su padre.

.....

Doña Refugio, por su parte, era la mas empeñada en recomendar el secreto, y debemos asegurar, en obsequio suyo, que estas recomendaciones eran de corazón, tenían toda la sinceridad de que era capaz doña Refugio.

Una noche se sintió violentamente atacada de pulmonía, y con este motivo la casa de doña Refugio fué el centro de reunión desde Castaños hasta Santibáñez, y desde Anita hasta Carolina.

Al principio, las visitas, con ese ojo médico y con esa prosopopeya que les conocen ustedes, decían que aquello no era más que una bronquitis, algunos eran de opinión que bien podría ser una tisis laringea, aquellos una laringitis, los de más allá que era enfisema pulmonar, y una señora grande decía que no era más que catarro caído al pecho.

—¡Qué pulmonía, ni qué nada! decía esta santa señora, yo he tenido siete pulmonías, pero esas sí fueron señoras pulmonías; pero esto, esto no vale nada.

Pero á pesar de todos aquellos diagnósticos, el médico fué el único que tuvo razón, y en algo debió fundarse cuando sin vacilaciones ni ambages mandó disponer á doña Refugio.

Alarmados con esta noticia los amigos íntimos de la señora, promovieron una junta de médicos, y como era de esperarse, esta junta la formaron don Miguel Jiménez, Lucio, y Ortega don Francisco.

La junta corroboró la opinión del facultativo de cabecera, y el padre González fué quien se encargó de comunicar á la enferma la fatal noticia.

—Vengo á visitar á usted, mi señora doña Refugio, pero no como sacerdote, sinó pura y sencillamente como amigo; pero ya que se presenta tan brillante ocasión, ¿por qué no la aprovecha usted, mi señora doña Refugio, á fin de ganar las indulgencias del Viático? ya sabe usted que son inmensas y que, bien mirado, es mas provechoso á los enfermos este acto religioso y solemne que todas las medicinas del mundo.

Esto se lo aconsejo á usted, no por que la vea yo á usted muy mala, al contrario, me parece que está usted un poco mejor que esta mañana.

Doña Refugio se dejó convencer por el padre González, y un momento después sacerdote y penitente se entregaban con fé á la santa obra de ganar aquellas mentadas indulgencias.

—Están haciendo mil barbaridades, decía Castaños, ¿á quién le ocurre obligar á que se confiese una persona que por razón natural va á resultar mas grave después de un acto tan solemne?

De todos modos, doña Refugio estaba muy expuesta á morir, y esta idea preocupaba altamente la atención de Castaños, quien á su vez daba mucho en qué pensar á Anita y á Carolina.

No carecían de razón estas señoras, aunque ellas no tuviesen mas fundamento para sus temores que esos presentimientos secretos en que la mujer suele ser tan acertada.

La confesión hubo de suspenderse por un

momento, pues el padre González entreabrió la puerta y sacando las narices, dijo:

—¿El señor Castaños?

Fué la primera vez en su vida que las apergaminadas é inflexibles mejillas de Castaños se pusieron rojas.

Le pasó á Castaños por los ojos como una inmensa sombra, como la sombra de una de esas nubes muy bajas que impelidas por el viento, nos desvanecen al pasar.

Pero apesar de la sombra, entró Castaños á la recámara.

Cerróse tras él la puerta; pero la imaginación de las señoras se abrió para acojer todas las suposiciones, y su pensamiento voló en alas de todos los absurdos

Carolina y Anita se cambiaron una mirada, pero tan elocuente y casi tan palpable, que pudo adivinarse entre aquellas dos personas un alambre telegráfico.

Véamos lo que pasaba en la recámara.

—Siéntese usted por aquí, señor de Castaños, dijo el presbítero.

Castaños se sentó en un silla baja, pero

tan baja, que le permitía tener la cara muy cerca de la de doña Refugio.

Doña Refugio vió al padre González.

El padre González tomó la palabra:

—Mi señora doña Refugito me ha comisionado para hablar á su nombre.

A su pesar, los hombros de Castaños se levantaron como los del ajusticiado que espera la descarga.

—Los extravíos de la juventud son muy disculpables, dijo el presbítero, y yo de nada me escandalizo; pero acabo de saber, señor de Castaños, que.... que ustedes tienen una hija; y como debe usted suponer, el porvenir de esta joven es oscuro, y no es justo.... por otra parte, el estado en que se encuentra la enferma, que si bien por la misericordia de Dios, puede salvarse, uno no debe ver ese trance, ni esperar la muerte para volver sobre sus pasos; no señor, es preciso arreglarlo todo de una vez y santificar, por medio del matrimonio, una unión ilegítima, que si bien ha existido oculta, estas cosas, tarde ó temprano se saben, y sobre todo,

UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FUND. 1925 BOWENET, BARR.

la conciencia es lo primero. Yo sé que me dirijo á un caballero, á un buen cristiano, y á un hombre temeroso de Dios; y por eso no he vacilado en llamarlo á usted, seguro que de aquí no saldrá sin reparar el daño causado, y.... no hay que avergonzarse por ello, al contrario señor de Castaños, las reparaciones ennoblecen al que las hace, mientras que la debilidad y el orgullo agravan las malas causas.

Cooperemos como buenos cristianos, mi señor de Castaños, á que los últimos momentos de esta señora, tengan al menos el gratísimo consuelo de la conciencia satisfecha, vamos, mi señor, ya verá usted como todo será para bien y no tendrá usted por qué arrepentirse ¿qué dice usted?

Hágalo usted por su hija, que tal vez no lo conoce á usted, que lleva tantos años de vivir en la casa de la cuna.

—Está bien, padre, dijo Castaños profundamente conmovido, se hará todo como usted lo desea, tiene usted razón, ante todo, soy caballero y soy buen cristiano.

Volvió á sacar las narices el padre González por la rendija de la puerta; pero en esta vez, detrás de sus narices apareció todo él rebosando júbilo.

Carolina y Anita no le perdían movimiento al padre, y cuando éste comenzó á dictar algunas providencias con respecto al casamiento *in extrémis*, faltó poco á aquellas expollas para accidentarse.

—¡Mire usted la pata con que va saliendo el posma de Castaños! decía Carolina, con razón era tan retraído, y tan circunspecto, y tan taimado.

—Si de éstos que no comen miel, libre Dios nuestros panales.

—Vea usted á qué buena hora viene casándose el mi señor; y luego, ¿para qué? para hacerse el interesante, para vestirse de luto, y sacar á su hija á lucirla por todas partes.

—Ya usted lo vé, hasta hija había de por medio.

—Y la santa de Doña Refugio, ¿quién lo había de decir?

—Caras vemos....

—No hay que fiarse.

—Oiga usted, mi alma, vé uno cosas....

El rum rum corrió de boca en boca hasta la cocina, y á poco rato aquel casamiento no era ya un misterio para nadie.

En la tarde de ese mismo día, el padre González llegó á la casa conduciendo una niña.

Esta niña, el padre González y Castaños, entraron á la recámara de doña Refugio, y allí permanecieron por mucho tiempo, sin que nadie hubiera sabido lo que allí pasó.

En la noche se celebró el casamiento *in extremis*, y todavía la enfermedad permitió á Doña Refugio algunos días de sufrimientos, al cabo de los cuales, al lado de su marido, de su hija y del padre González, murió como buena cristiana.



CAPÍTULO XIII.

EL CANTO DE LAS TÓRTOLAS.

IMPOSIBLE fué la unión de Salvador y Chona; Salvador se había empeñado en que el diablo, disfrazado con traje talar, se había apoderado de aquella mujer que había manifestado tan felices disposiciones para el espiritismo; pero no había remedio; Chona desbarraba de una manera estupenda y á Salvador no le quedó más recurso que plegar sus banderas.

—Al diablo doy mi ciencia y mi expe-